

PRÓLOGO

El 12 de octubre de 1889 nació el historiador y filósofo de la cultura inglés Christopher Dawson¹, uno de los más eminentes europeístas de nuestro tiempo. Murió el 25 de mayo de 1970.

En una época preocupada por la unión económica europea, el establecimiento de un mercado y sistema monetario común, la internacionalización del trabajo y de las habilidades y titulaciones de los europeos, Dawson nos viene a recordar que, convenientes y ventajosos como pueden ser estos logros, por

¹ Las obras principales de Christopher Dawson son:

The Age of the Gods (1928), *Progress and Religion* (1929), *The Making of Europe* (1932), *Religion and The Modern State* (1935), *Beyond Politics* (1939), *Religion and Culture* (1948), *Religion and the Rise of Western Culture* (1950), *Understanding Europe* (1952), *The Crisis of the Western Education* (1961), *The Formation of Christendom* (1967) y *The Gods of Revolution* (1972). Además de *Los orígenes de Europa* (traducción de Francisco Elías de Tejada), Ediciones Rialp ha publicado *Hacia la comprensión de Europa* y *La crisis de la educación occidental*, ambas traducidas por Esteban Pujals.

encima de ellos está la unidad de la cultura europea; es decir, el cristianismo, una concepción objetiva de la libertad, el predominio de la razón y un modo común de entender la vida. El romántico alemán Friedrich Novalis decía sobre el año 1800 que Europa era la Cristiandad, y no le faltaba razón, puesto que el cristianismo es el eje espiritual que ha organizado durante siglos la vida religiosa y moral de nuestro continente y del mundo europeizado. Dawson nos advierte en nuestro siglo que es hora de que veamos con claridad cuán íntima y profundamente la vitalidad de una entidad social está vinculada a su religión. El impulso religioso es el elemento que da fuerza cohesiva a una sociedad y una cultura. Como dijo lord Acton, «La religión es la clave de la Historia». Y como manifiesta Dawson en sus publicaciones, las culturas del mundo no crean sus religiones como un complemento o un producto secundario y ornamental, sino que, en realidad, las grandes religiones son el fundamento sobre el que descansan las grandes culturas. Y esto es lo más importante que Europa debe tener a la vista, puesto que una sociedad que pierda su religión, tarde o temprano perderá su cultura².

En consecuencia, la labor que las presentes generaciones tienen enfrente es intensa y amplísima; consiste nada menos que en establecer la íntima relación entre la vida interna y las actividades externas de nuestra cultura y en devolverle el saludable equilibrio del alma. De no empeñarnos en esta empresa, o de fracasar en ella, el espíritu humano, que es la fuente de energías más legítima de todo desarrollo cultural, sucumbirá ahogado por los alcances técnicos y la ambición de las consecuciones externas, y permanecerá encarcelado en una civilización deshumanizada y automática sin ulterior motivo ni fin. Esto constituiría la disolución y el hundimiento de Europa.

Con el fin de que esto no suceda, y Europa conserve la vital unidad de su cultura, es imprescindible que recuerde sus oríge-

² Dawson: «Religion and the Life of Civilization», en *Enquiries into Religion and Culture*. Londres, Sheed and Ward, 1933.

nes y su naturaleza, y que adquiera conciencia plena de su herencia social y de sus tradiciones comunes. De no actuar así, y de perseverar en dirigir la atención solamente a los conflictos económicos y a los problemas de clase y nacionalidad que dividen y antagonizan a los pueblos, la comunidad europea no proporcionará sino los instrumentos activos o pasivos de las fuerzas negativas que tienden a desintegrar y banalizar cada día más la cultura moderna.

La tarea esencial consiste en lograr establecer un equilibrio sano entre el sentimiento diferencial nacionalista y la base cultural europea a la que los pueblos pertenecen. El nacionalismo bien entendido está lejos de ser ningún peligro; lo que sí resulta una equivocación es el exacerbarlo desproporcionadamente y convertirlo en la última unidad cultural. El prístino fundamento de la cultura moderna de ningún modo es el Estado nacional, sino la comunidad europea. Bien es verdad que esta comunidad cultural no ha alcanzado jamás forma política; pero no por eso deja de ser menos verdadera su existencia, y es a ella a la que deben su corporeidad las diferentes culturas nacionales. Para que la cultura moderna subsista con vitalidad, es preciso desarrollar la conciencia común europea, y adquirir el sentido de su unidad histórica y orgánica.

*Conviene tener presente que Europa no constituye una unidad geográfica como Australia o África, ni tampoco una unidad racial, sino que es el resultado de un largo devenir histórico y de un lento desarrollo espiritual. Europa no es un continente ni una raza, sino una sociedad y una cultura, que se han ido formando en virtud de una sucesiva integración de elementos en el transcurso de los siglos. Dawson, en *The Making of Europe* (1932), admite que los elementos fundamentales de la formación de Europa y su cultura son cuatro: la tradición científica de la Grecia clásica, el genio político unificador de Roma, la religión cristiana y el impulso radical de los pueblos bárbaros.*

Es indudable que de los griegos provienen las cualidades más características de la cultura occidental: la ciencia, la filoso-

fia, la literatura y el arte; el pensamiento político, el concepto del derecho y las libres instituciones ciudadanas. Los griegos fueron los primeros, además, en quienes se desarrolló una incipiente conciencia europea y un sentido de diferenciación y autonomía ideológica frente a Asia. El ideal europeo de libertad nació en los azarosos tiempos de las guerras médicas, en el famoso encuentro naval de Salamina, y alrededor del altar que los griegos, después de la batalla de Platea, levantaron a Zeus, el dios que les había otorgado la libertad.

Sin la aportación helénica, la cultura europea sería inconcebible. Sin embargo, por su posición geográfica de arrinconamiento en el Mediterráneo oriental, la elevada cultura griega distaba mucho de poderse considerar como europea en el sentido generalizador de la palabra. Obra de Roma fue extenderla hacia el Oeste, y misión suya la de actuar de transmisora entre Grecia y el Occidente. Grecia y Roma, tan distintas en espíritu y organización, estaban destinadas a fundirse finalmente en una común unidad. El resultado del proceso representa la victoria de las armas de Roma y de su genio organizador; pero, si atendemos al aspecto cultural de la conquista, es indudable que fue Grecia la vencedora. A medida que el mundo griego se romanizaba, el Occidente romano se helenizaba progresivamente, de manera que ambos movimientos coincidían en formar una cultura cosmopolita, unificada por la organización política y militar de Roma, pero basada en la tradición cultural y en los ideales sociales helénicos.

No obstante, esta cultura cosmopolita todavía no se puede considerar europea. Europa no existía aún. Roma era sólo una gran potencia mediterránea, a la que el genio y la iniciativa particular de Julio César tenían que agregar un gran sector de la Europa continental. Julio César es el representante supremo del genio romano conquistador y organizador, y ofrece un excelente ejemplo de la influencia que una gran personalidad puede ejercer en la orientación y desarrollo de los acontecimientos históricos. Él fue el factor decisivo en la ingente tarea, que Roma llevó a cabo, de arrancar el Occidente europeo de la barbarie y unirlo a la sociedad civilizada del mundo medi-

terráneo. Y a medida que tan vastas conquistas iban cayendo en la órbita de Roma, Europa empezaba a sufrir el proceso de unificación a través de una lengua de cultura, un derecho común y un acertado sistema de comunicaciones. A partir de Augusto, la tradición clásica helénica quedaba asegurada por la literatura latina y se difundía triunfante por el Imperio romano, dominando los dos primeros siglos de nuestra era.

Al mismo tiempo una fuerza espiritual de una energía asombrosa penetraba en el continente europeo, extendiéndose por los ámbitos del mundo romanizado. Éste era el cristianismo, cuya influencia en la formación de Europa demuestra decisivamente hasta qué punto el curso del desarrollo histórico puede ser modificado por la intervención de un nuevo elemento espiritual. El cristianismo nos ofrece un ejemplo evidente de la presencia del elemento más profundo de la historia, un elemento misterioso no debido a las circunstancias o a la influencia del genio individual, sino al poder creador de las fuerzas del espíritu. Nadie hubiera presumido en los días de las persecuciones que aquella religión de procedencia oriental, sin relación alguna con el pasado europeo y sin raíces en las tradiciones clásicas, tenía que transformar con el tiempo la vida y el pensamiento de la antigua civilización. Sin embargo, superando enormes dificultades, el cristianismo se propagaba y extendía, modificando a su paso la estructura moral del mundo romano y centrándolo alrededor de un vigoroso eje espiritual.

Complicadísima es la historia del cristianismo en los primeros siglos, y muy difícil distinguir la multitud de corrientes de pensamiento y tradición que se agregan a su cauce; la más importante, desde el punto de vista intelectual, es la corriente de la filosofía clásica, transmitida por los antiguos escritores cristianos. Con el transcurso del tiempo, la Iglesia irá integrando en su seno gran variedad de formas culturales, que transforma lentamente de acuerdo con su destino, y, al desintegrarse la envoltura externa del Imperio romano, el alma del mismo perdura unificando a la naciente Europa en una hermandad espiritual que tenía que existir hasta la Reforma. Gradualmente

el cristianismo primitivo irá desbordando las fronteras romanas, infiltrándose en la Germania, los países eslavos y escandinavos, dotando finalmente a Europa del elemento espiritual que presidirá e informará su cultura a lo largo de los siglos. Hasta tiempos relativamente recientes, nuestra literatura y nuestras artes han permanecido francamente cristianas, y durante el Medievo el término Cristiandad era sinónimo de Europa.

Pero aunque los tres elementos citados pueden considerarse los verdaderos fundamentos de la unidad europea, no constituyen todavía Europa por sí mismos. Ellos proporcionan sin duda las energías formativas que tenían que moldear nuestra cultura; pero la mayor parte del material humano tenía que salir del extenso y confuso mundo de los bárbaros. Hasta fines del siglo XVIII este elemento no fue tenido muy en cuenta por los cultivadores de la historia, atentos solamente a las superiores manifestaciones culturales de la tradición clásica o cristiana; por otra parte, la escuela histórica alemana del Romanticismo, con su imperiosa reacción nacionalista, tendió al extremo opuesto, reduciendo la importancia de los elementos clásicos y cristianos de la cultura europea para derivar su desarrollo de la energía autóctona del genio nacional. Sin embargo, es evidente que no sería científico prescindir del elemento bárbaro como último gran factor de la cultura europea. Dislocado el Imperio romano, los bárbaros introdujeron en él su vitalidad y sus instituciones, dejándose dominar a su vez por la cultura clásico-cristiana de los países conquistados y erigiéndose en múltiples ocasiones en herederos del Imperio.

Hacia el siglo VI Europa había logrado una fusión preliminar de los cuatro distintos elementos que tenían que integrar la nueva cultura. Las invasiones habían originado un proceso de mezcla racial y cultural de consecuencias definitivas en la historia europea, y este fenómeno de infiltración y asimilación de razas y culturas se verificaba por mediación de dos movimientos contrarios: los pueblos bárbaros, que presionaban hacia el Sur romanizado, y la Iglesia católica, heredera de la cultura latina, que se extendía por el Norte hasta los más apar-

*tados rincones de nuestro continente, reuniendo y hermanando a vencidos y vencedores y proporcionando el eje espiritual que tenía que unificar a Europa durante más de mil años*³.

Si en The Making of Europe (Los orígenes de Europa, 1932) Dawson estudia las bases en las que se asienta la cultura europea, en Understanding Europe (Hacia la comprensión de Europa, 1952) explica la urgente necesidad de comprender mejor a Europa, no sólo como una viva comunidad de pueblos, sino como el foco creador de la cultura moderna. De ordinario los europeos nunca han pensado demasiado en la naturaleza de la comunidad internacional a la que pertenecen. Acostumbrados a centrar la atención en la historia y la política de sus particulares países, cuando el problema europeo se ha constituido en una cuestión vital, se encuentran a menudo desorientados para explicarse lo que es Europa, a pesar de reconocer la abrumadora importancia de su aportación a la cultura universal. En esta obra, Dawson trata de hacernos comprender que el origen del malestar de la cultura occidental y el abatimiento de Europa es el producto de la pérdida de unidad de la Cristiandad, la separación de la religión y la cultura, y la secularización de esta cultura con la negación del fermento cristiano que le dio la energía espiritual. La pérdida de la confianza en sus propias tradiciones, con la entronización de una cultura humanista autónoma e independiente de la religión, lleva a Europa hacia una fatal decadencia, consecuencia de la negación de sí misma y de la rebelión contra sus cimientos culturales. El panorama desalentador de Europa, vuelta de espaldas a su propio espíritu creador, lleva a reducirla en la actualidad a un puñado de naciones tímidamente atentas a conservar su economía y su nivel de vida. La Europa colonizadora de gran parte del mundo se encoge miedosamente y renuncia a su vocación y misión civilizadora porque ha perdido su visión y potencia espiritual. Pero siendo Europa ante todo una estructura

³ Dawson: *The Making of Europe*, Londres, Sheed and Ward, 1932. caps. I-V.

espiritual, y no meramente una entidad política ni económica, el remedio a sus males —según afirma Christopher Dawson— estará en la reintegración de su cultura en la tradición religiosa que le devuelva sus fundamentos morales y establezca nuevamente su unidad espiritual.

ESTEBAN PUJALS